

La iconografía de Bolívar

Escribe: JORGE MORENO CLAVIJO

Sin duda ninguna, el precursor de las relaciones públicas en América, el genio de la propaganda, se llamó Simón Bolívar. Puede sonar a irreverencia lo que estoy afirmando, pero es la verdad, si se examina con detenimiento y ánimo desprevenido el magnífico libro que de las prensas de "Ediciones Lerner" acaba de salir. Se trata de la *Iconografía del Libertador*, una obra que representa diez años de trabajo de Enrique Uribe White, en formato 25 x 35 centímetros. Doscientas páginas con 480 ilustraciones en negro y a todo color plastificadas. Se ha hecho con motivo del cuarto centenario de la fundación de la ciudad de Caracas, pero su circulación se extiende para todos los países bolivarianos.

Es difícil encontrar en Colombia un alarde editorial semejante. En lujosa encuadernación están todas las escenas de tan importante vida: batallas, viajes, cartas que hablan de sus proyectos y sus romances, mapas de los sitios claves en los proyectos del estadista, etc.

Iconografía, dice la solapa del libro, según la segunda acepción académica, es un "tratado descriptivo,

o colección de imágenes y retratos". En el libro, se prefiere que las imágenes hablen por ellas mismas. La intención central es la de presentar una colección amplia de los retratos del Libertador, pintados mientras vivía. Desde cuando fuera bautizado en la capilla de la Santísima Trinidad de la catedral de Caracas con los nombres de Simón José Antonio de la Santísima Trinidad y en los brazos de su nana la negra Matea, hasta su muerte a la una de la tarde el 17 de diciembre de 1830 en la quinta de san Pedro Alejandrino. Faltan muchos de los que se tiene noticia, y cuántos más, de los considerados perdidos que solo Dios sabe por dónde andan.

Bolívar, para corroborar la afirmación que encabeza estas líneas, no descuidaba detalle en lo que a su propaganda se refería. Como no existía todavía el arte fotográfico, los camarógrafos que acompañan a los estadistas desde que salen de palacio hasta que vuelven al solio, enviando placas de todos los movimientos del hombre, entonces el general Simón se hacía acompañar del pintor Espinosa, quien estaba encargado de pintarlo en todos los

momentos y en todas las actitudes. Además, era muy dado a obsequiar a las personas de alguna importancia con retratos o miniaturas suyas. Sus ayudantes, con un claro sentido de las promociones publicitarias, hacían llegar con anticipación los retratos del Libertador a las ciudades y pueblos, para que fueran colgados en los cabildos y en las salas, cuando se anunciaba la visita del héroe. Un precedente de los carteles murales a todo color y que se hacen llegar a determinados sitios para las campañas en favor de los candidatos cuando se hacen las elecciones.

Los pintores de la época, así los buenos como los malos en achaques artísticos, se esforzaban por llevar al lienzo y al marfil los rasgos del caraqueño quien no se hacía de rogar y posaba las sesiones que fueran necesarias para que su imagen quedara para la posteridad. En París, en Roma, en España, en Caracas, en Lima y Bogotá, en todas partes tuvo su pintor al frente con los pinceles que le imitaban de bigote y largas patillas o divinamente afeitado, pero siempre con la mirada escrutadora perdida en el horizonte. A veces con la diestra metida entre la guerrera, un poco a lo Bonaparte y en la izquierda la espada combatiente metida en su vaina. Inquieto y vivo, conversaba mientras el artista hacía lo imposible para que la actitud bolivariana fuese lo más natural posible. A veces dictaba cartas y proclamas con el objeto de no perder un instante y también para que el pensamiento de ese preciso momento no se diluyera para siempre. Lo que la historia no cuenta son los

regaños y palabras fuertes que Bolívar prodigó a sus retratistas, pues no era hombre que cuando algo no le gustaba se anduviera por las ramas para decir lo que pensaba. Pero los artistas sabedores del filón que representaba el pintar al Libertador, guardaban siempre una copia del trabajo, el que repetían varias veces atendiendo la creciente demanda. Por eso los retratos que le hiciera Pedro de Figueroa, son verdadera legión.

Uribe White, realizó un trabajo admirable de recopilación, bebiendo en una fuente magnífica: don Alfredo Boulton, de Caracas, auténtica autoridad en este campo, y uno de los más apasionados estudiosos de la existencia de Bolívar y quien más segura y profundamente ha seguido su iconografía.

Se han incluido trabajos de los artistas de ahora, para informar cómo lo han interpretado. Unos bien, otros mal y otros peor. Así como se encuentran maravillas como el que adorna la portada debido a José Gil de Castro y el de nuestro Acevedo Bernal que ha hecho tan brillante carrera, se hallan atrocidades del peor gusto, sobre todo cuando se pretende dar la idea de los instantes melancólicos que pasó frente al mar, en la quinta que lo vio morir.

Un balance del espléndido libro indica que fueron mil veces superiores los giros pictóricos que en épocas pasadas se dieron a la estampa y a la obra del genio americano, que los lienzos y dibujos que de unos años a esta parte se han hecho con alardes de técnica y despliegues de color.